

DONNA LEON

SERIE COMISARIO BRUNETTI

Esclavos del deseo

El silencio de los inocentes esconde vuestra culpa



Seix Barral



Seix Barral Biblioteca Formentor

Donna Leon

Esclavos del deseo

Traducción del inglés por
Maia Figueroa Evans

Título original: *Transient Desires*

© 2021 by Donna Leon and Diogenes Verlag AG Zurich. Todos los derechos reservados

© por la traducción, Maia Figueroa Evans, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2021

ISBN: 978-84-322-3868-0

Depósito legal: B. 8.062-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Brunetti durmió hasta tarde. Alrededor de las nueve, giró la cabeza hacia la derecha y abrió un ojo, pero vio la hora y lo cerró de nuevo. Estuvo un tiempo sin moverse y, cuando volvió a mirar el reloj, vio que eran las nueve y media. Alargó el brazo izquierdo con la esperanza de encontrar a Paola a su lado, pero no dio más que con la hendidura de su ausencia, fría desde hacía rato.

Se colocó primero de costado y después boca arriba, descansó un momento tras conseguirlo y abrió los ojos. Estudió el techo, le echó un vistazo a la esquina derecha y vio la marca que había encima de la ventana: una gotera que habían tenido unos meses antes y les había dejado una mancha marrón con forma de pulpo, pero muy pequeña. Del mismo modo que un pulpo, la mancha cambiaba de color con la luz, y a veces también de forma, aunque nunca tenía más de siete patas.

Le había prometido a Paola que se subiría a la escalera y la pintaría, pero siempre iba con prisas, o era de noche y no quería hacerlo, o estaba descalzo y no quería arriesgarse a subirse en calcetines. Sin embargo, esa mañana la mancha le pareció un incordio y decidió que le

pediría al hombre que les hacía los apaños en casa que la pintase y así zanjaría el asunto de una vez.

La alternativa era que su hijo se despegara del ordenador o del móvil con el que siempre estaba hablando con su novia, cogiera la escalera y pintara la mancha y, para variar, ayudase a sus padres. Brunetti, que había detectado cierto resentimiento y autocompasión en sus pensamientos, los aparcó y reflexionó sobre algunos de los acontecimientos de la cena del día anterior, entre los cuales había tres copas de *grappa* que debían de ser las culpables de su estado actual.

Tal como dictaba la tradición anual, la noche anterior había quedado con unos compañeros del *liceo* en un restaurante al principio de la Riva del Vin, donde el propietario tenía el detalle de sentarlos siempre en el mismo rincón, junto al ventanal que daba al Gran Canal.

Con el transcurso de los años, habían pasado de ser más de treinta a tan solo diez, la cifra reducida por los motivos habituales: geografía, empleo y enfermedad. Algunos se habían cansado de los inconvenientes de la ciudad y se habían mudado a otra parte; otros habían aceptado puestos mejores en distintos lugares de Italia o de Europa, y dos habían muerto.

Ese año, aparte de Brunetti, habían asistido los otros tres organizadores de la cena. El primero era Luca Ippodrino, que había convertido la *trattoria* de su padre en un restaurante de fama mundial siguiendo tres normas bastante sencillas: servía la misma comida que su madre había servido durante treinta años a los hombres que descargaban los barcos en Rialto, pero ahora en platos de porcelana y en raciones mucho más pequeñas y decoradas con delicadeza, y había inflado los precios de manera casi insostenible. La lista de espera para conseguir una

mesa, sobre todo durante la Biennale y el festival de cine, se llenaba con meses de antelación.

La segunda, Franca Righi, que había sido la primera novia de Brunetti, había estudiado Física en Roma y ahora daba clases en la misma universidad donde se había formado. Era ella quien había llevado a Brunetti a rastras en las clases de Biología y de Física, y cuando se veían ya de mayores, le encantaba decirle que alguna de las leyes que habían estudiado resultaba ser falsa y había que sustituirla.

El último era Matteo Lunghi, un ginecólogo recién divorciado cuya exesposa lo había dejado por un hombre mucho más joven. Sus amigos habían tenido que darle muchos ánimos durante toda la velada.

Los otros seis habían conseguido distintos grados de prosperidad (o satisfacción); al menos se comportaban como si así fuera cuando estaban acompañados de personas que los conocían de toda la vida. Brunetti estaba convencido de que esa facilidad para comunicarse era fruto, más que nada, de las referencias culturales e históricas que compartían, además de los estándares éticos que su generación daba por supuestos.

Antes de permitirse reflexionar sobre cuáles eran, Brunetti apartó la ropa de cama y fue al cuarto de baño a darse una ducha.

El agua caliente le aligeró el ánimo, igual que el tiempo que pudo estar debajo del chorro, ya que sus hijos no estaban allí para quejarse del desperdicio de agua. Volvió al dormitorio, dejó la toalla sobre el respaldo de la silla y empezó a vestirse. Sacó los pantalones de un traje que no se había puesto desde el invierno, uno de lana y cachemira de color gris oscuro que había encontrado casi regalado en la tienda de ropa de caballero de Campo San Luca,

justo antes de que cerrase dos años antes. «Qué extraño», pensó al meter el botón en el ojal: cuando los compró creía que le quedaban mejor. Tal vez hubieran encogido un poco con el lavado en seco; en cualquier caso, ya se le aflojarían a lo largo del día, cuando se moviese por ahí con ellos.

Se sentó en la silla, sacó un par de calcetines oscuros y unos zapatos negros que había comprado unos años antes en Milán; con el paso del tiempo, se le habían amoldado a los pies y cada vez que se los calzaba le proporcionaban un momento de entusiasmo sensual.

Antes de ponerse la chaqueta, se planteó añadir un chaleco. Sin embargo, recordó el calor que había hecho el día anterior y decidió que no le hacía falta: podía contar un día más con el buen tiempo de otoño. En la cocina, miró a ver si había una nota de Paola sobre la mesa, pero no encontró nada. Era lunes, así que ella no llegaría a casa hasta la tarde, después de pasar el día en el despacho de la universidad, se suponía que haciendo tutorías con los candidatos al doctorado cuyas tesis supervisaba. El hecho de que casi ninguno la visitara era muy de agradecer, ya que así disfrutaba de pasar el rato en el despacho sin molestias, preparando clases o leyendo. «Ay, la vida del académico», reflexionó Brunetti.

Salió de casa en dirección a la *questura*, pero giró de inmediato hacia Rizzardini para tomarse un café y un brioche, seguidos de otro café y un vaso de agua mineral. Fortificado por la cafeína y el azúcar, partió hacia Rialto a enfrentarse a la tarea de atravesar el centro de la ciudad a las diez y media de la mañana, justo cuando los que acababan de hacer la compra en el mercado empezaban a desaparecer y en su lugar aparecían los turistas en busca del primer *ombra* o *prosecco*, empeñados en vivir lo que

les habían dicho que era la verdadera experiencia veneciana.

Veinte minutos más tarde, Brunetti giró a la derecha en la *riva* que conducía a la *questura* y, al mirar hacia el otro lado del canal, vio la fachada limpia y restaurada de la iglesia de San Lorenzo, que ya no era tal, sino una especie de galería dedicada, según le habían dicho, a la salvación de los mares. Habían retirado la valla que desde hacía décadas publicitaba el año en que había empezado la restauración inconclusa, y también el palacio de madera que los residentes habían construido para los gatos callejeros y llevaba allí desde que Brunetti tenía memoria.

Al llegar a la *questura*, vio a su superior, el *vicequestore* Giuseppe Patta, a los pies de la escalera, al otro extremo del vestíbulo. Por instinto, sacó el *telefonino* del bolsillo de la chaqueta y, mirándolo con la cabeza gacha, saludó al guardia de la recepción que le abrió la puerta de cristal, pero no entró en el edificio. Se detuvo fuera y dio varios toques furiosos en la pantalla antes de dirigirse al guardia sin intentar disimular el mal humor:

—¿Tú tienes cobertura aquí abajo, Graziano?

El agente que estaba de guardia en la puerta, consciente de que Brunetti llegaba a la oficina con dos horas de retraso y de que el *vicequestore* no miraba al *commissario* con buenos ojos, contestó:

—Lleva toda la mañana fallando, *signore*. ¿Ha conseguido conectarse ahí fuera? —preguntó, y señaló con la cabeza la acera de delante de la *questura*.

Brunetti negó con la cabeza.

—No, aquí está igual de mal. Me pone furioso que haya...

Sin embargo, cuando vio que su superior se acercaba a él, calló.

—Buenos días, *vicequestore* —dijo, y añadió con tono servicial y el teléfono en alto—: Ni se moleste en salir fuera, *dottore*. Ni por esas. No funciona nada.

Dicho eso, se guardó el móvil y señaló la escalera sin necesidad alguna.

—Voy a ver si el teléfono de mi mesa vuelve a funcionar.

Patta, que no entendía nada, preguntó:

—¿Qué pasa, Brunetti?

El *commissario* pensó que el tono de voz era muy similar al que él mismo empleaba cuando sus hijos eran más pequeños y le decían que ese día no tenían deberes.

Igual que un abogado de la acusación que sostiene ante los fotógrafos de prensa una bolsa de plástico con un cuchillo ensangrentado en el interior, volvió a sacar el móvil y se lo mostró a su superior.

—No hay cobertura.

Con el rabillo del ojo, vio que Graziano le daba la razón asintiendo con la cabeza, casi como si hubiera sido testigo del fracaso de Brunetti a la hora de hacer una llamada.

Patta apartó la mirada del *commissario* y le preguntó al guardia:

—¿Dónde está Foa?

—Debería llegar dentro de tres minutos, *vicequestore* —le aseguró Graziano mirando la hora.

Por algún motivo, cuando hablaba con el superior parecía más alto.

Como si el *vicequestore* la hubiera materializado a fuerza de voluntad, la lancha viró hacia el canal, pasó de prisa por delante de la iglesia y por debajo del puente y se detuvo en el embarcadero que había al lado de donde estaban los tres hombres.

Patta se volvió sin decir nada y se acercó a la lancha, cuyo motor ya solo ronroneaba. Foa lanzó un cabo al amarre más cercano, saltó a la acera, le hizo un saludo formal al *vicequestore*, retrocedió un paso y extendió el brazo como si quisiera apartar a un grupo de reporteros inoportunos. Patta, que interpretaba cualquier movimiento que alguien hiciera a su alrededor como un intento de ayudarlo, apoyó la mano en el antebrazo de Foa para no perder el equilibrio al embarcar.

Foa les sonrió a sus compañeros, soltó el cabo, saltó por encima de la borda y aterrizó delante del timón. El motor rugió, Foa dio media vuelta con la lancha y se marcharon por donde él había venido.